EL MAUSOLEO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

EL MAUSOLEO

I

Aquel día, Mme. Champlouis se despertó muy temprano; y aunque no durmió mas que algunas horas por haber pasado una parte de la noche en el baile, las huellas que siempre dejan los placeres nocturnos habían desaparecido de su semblante después del breve reposo que había disfrutado.

Con la cabeza apoyada sobre uno de sus brazos, que desaparecía oculto en las ondas de encage de una grande muelle almohada, Mme. Champlouis parecía sumergida en esa pereza que sigue al despertar. En tal momento, el espíritu y los sentidos adormecidos se complacen en su atontamiento y procuran olvidar el ejercicio de sus facultades y ensayan la prolongación de ese estado de transición en que uno se halla vacilando entre el sueño y la realidad, y á semejanza

de un estudiante que aprovecha la ausencia del profesor para correr al sitio que le está prohibido ir, la imaginación despierta ante la razón y no recordando más sus ironías y sus agravios, hace novillos, marchándose á esos hermosos reinos de la fantasía, donde vemos todas las cosas como queremos que sean.

Sin querer penetrar en las misteriosas quimeras que encantaban á la joven, no sería, sin embargo, muy difícil adivinar su naturaleza. Por lo demás, si tenía un secreto y cualquiera se hubiese hallado escondido para espiarla, ella misma se hubiera traicionado asaz ingénuamente por la singular mirada que paseó á su alrededor al despertarse de pronto y por las palabras no menos singulares que cayeron de sus labios y cuyo sentido completaba la interrogación de su mirada.

—¿En donde tenía la cabeza?—dijo la joven.—¿Qué extraña idea me ha ocurrido?

Y al pronunciar estas palabras, Mme. Champlouis volvió involuntariamente los ojos á un ángulo de su alcoba, donde se veía el retrato de Mr. Champlouis, el más honrado difunto del mundo.

La joven viuda permaneció un instante en contemplación ante aquella serena y pacífica figura de un hombre que había sido siempre excelente para ella. En aquella imagen fielmente trasladada al lienzo, veía la joven aquella bondadosa sonrisa con la cual su marido decía siempre que sí, cosas caprichosas y pensó las veces que aquel de quien llevó el nombre, le había facilitado y hecho agradable el camino del matrimonio durante los dos años que duró su unión.

Le preguntó quedamente si su deuda de gratitud estaba suficientemente pagada con una tumba de mármol blanco y por el luto riguroso siquiera que llevaba hacía un año.

¡Pero, ved la fragilidad del recuerdo! Durante aquel año la tumba blanca se había ennegrecido; y la víspera, los crespones de luto cedieron su lugar á las gasas blancas de un vestido de baile, y pensando en el placer que sintió en medio de aquella fiesta y recordando cuán lisonjeramente había sido acogida su vuelta á la sociedad y vibrando su memoria todas las galantes frases que, rindiendo culto á su belleza, la dirigieron al veria resurgir más hermosa que nunca, despojada de aquellas tocas de viuda que

largo tiempo la ocultaron, la joven se preguntaba si no se precipitó demasiado para dejarse dominar por el olvido y abandonarse á la dulce sugestión del placer mundano.

—¡Oh! decía Mme. Champlouis, he sido mala, muy mala, dejándome llevar...

Y con tímida mirada, bañada por dos lágrimas sinceras, pareció pedir á la imagen del difunto una de aquellas benévolas sonrisas de perdón que tenía siempre propicias, cuando en su breve vida matrimonial, llegó á cometer cualquier *ligera falta* hija de una imprudencia involuntaria de su inocente coquetería. Pero por una enérgica metamorfosis determinada sin duda por súbita transformacíón de su pensamiento, pareció á Mme. Champlouis que el retrato de su marido no ofrecía el carácter de benevolencia que le era habitual. Aquellos rasgos en los que había visto siempre estereotipados una ternura y una mansedumbre profundas, expresaban, por el contrario, en aquel momento una idea desdeñosa y despreciativa. La fría pintura parecía animarse; en sus ojos fijos centelleaban la cólera, y la boca parecía también abrirse para dejar caer una palabra de ironía y de reproche. Inmóvil y casi aterrada ante este singular fenómeno, Mme. Champlouis ocultó su frente entre sus manos y murmuró con voz queda:

—¡Oh sí! ¡qué culpable soy! ¡qué ingrata!

Pero entonces sintió despertarse en ella aquella extraña voz que insistía en ahogar los gritos de la conciencia, voz hábil, atenta á la réplica, pronto á encontrar argumentos, voz segestiva, mentirosa, lisonjera é ingeniosa para hallar la paradoja cuando la razón le faltaba, voz elocuente y que casi siempre concluía por ganar su causa. He ahí cómo esta vez hablaba á Mme. Champlouis cuando esta se acusaba de ingratitud:

—¡Ingrata! ¿Por qué? ¿Acaso no es el destino común de todos los mortales, aun el de los más queridos, el ser olvidados, sobre todo aquellos que han tenido la parte de lágrimas y de penas que se merecieron, y sobre todo, cuando esas lágrimas y esas penas expresaron un dolor sincerísimo? Nadie en este mundo tiene el poder de corregir el instinto natural, ni de imponer una dirección á sus sentimientos.

El corazón es independiente de la voluntad, y sus movimientos no sabrían ser com-

primidos por ésta. De él dimanan los recuerdos obstinados que llenan el corazón de tristeza y alejan de él todo pensamiento extraño á su dolor; pero también cuando llega la hora del olvido, todos los esfuerzos de la razón, todas las rebeliones de la conciencia no podrían impedir que la imagen cuya memoria quería guardar, desaparezca progresivamente y por grados que difieren según la diferencia de caracteres y circunstancias.

La eterna y justa ley de la movilidad lo quiere así y revoca por anticipado los juramentos de fidelidad y de eterno recuerdo de los que se quedan á los que se van. Los más violentos dolores y las penas más profundas tienen una duración, limitada sabiamente por la naturaleza, y no es posible extender sus límites más allá del término prescrito.

Cuando desaparece de este mundo un ser querido, ante el sitio que ha quedado vacío en nuestro hogar, sentimos llenarse de lágrimas nuestros ojos y nuestro corazón hincharse de suspiros. El dolor nace en nosotros, lo amamos y lo sentimos vivir; pero ese dolor que se manifiesta y deshace en sollozos y en lágrimas, no posee más que cierta provisión para gastar, y agotada que

está, sécanse los ojos y queda vacío el corazón. Esta es la regla inimitable, el llanto es un ácido cayendo sobre una piedra; borra poco á poco el nombre grabado en ella, que se llama el recuerdo, poco á poco también lo borra de la memoria y reemplaza por otra la imagen que se creyó poder conserservar. Los muertos que saben que esto es así, no blasfeman en sus tumbas, y una vez que se les ha dado su parte de pena, se conforman con un recuerdo lejano y conque de tiempo en tiempo hablen de ellos los que no deben oirlos ni verlos jamás.

Así hablaba interiormente Mme. Champlouis cuando le atormentaban las sugestiones de su conciencia.

—No, no—decía la joven, no existe en el mundo ingratitud como la mía, y la falta que he cometido ayer será más grave si continuo discutiéndola.—No, no—añadió con vivacidad—no quiero entrar otra vez en el mundo. Mi luto ha expirado, ya lo sé, he dado satisfacción á las costumbres sociales, pero estas costumbres han sido establecidas por aquellos que tenían interés en invocarlas..... y yo no soy de esas.

Los ojos de Mme. Champlouis posáronse

en aqnel momento en una butaca, encima de la cual se hallaba extendido su traje de baile y exclamó entonces, mirando el retrato de su marido:

—¡Oh! no, no, jamás volveré á ponérmelo.

Tiró violentamente del cordón de la campanilla, que pendía á un lado de la cama.

—¿Ha llamado la señora?—preguntó un instante después una camarera abriendo la puerta de la alcoba.

—Sí—contestó Mme. Champlouis—¿qué hora es?

—Las doce, señora.

—Que me preparen enseguida el almuerzo, quiero salir. Sí—repetía la joven vistiéndose precipitadamente;—quiero expiar mi falta, yendo hoy mismo á olvidar sobre la tumba de mi marido el placer que ayer consentí que me dominara.

Cuando concluyó su comida, que tomó en su cuarto, Mme. Champlouis dió sus órdenes para que le preparasen su tocado.

Cinco minutos después, la camarera le presentó una elegante y fresca *toilette* de mañana; sombrero nuevo, vestido nuevo, todo acabado de salir de los talleres de una célebre modista.

—¿En qué pensáis, Julia?—preguntó madame Champlouis á su camarera.—¿Qué significan estos vestidos?

Son los que la señora ha encargado á su costurera. Los trajo ésta precisamente ayer, con el de baile. Los demás estarán enseguida, creo que esta misma semana. La modista deberá venir á tomar órdenes de la señora.

—Diréis á la costurera que tenga por no recibidos los encargos que le hice y á la modista que no se moleste. Y en cuanto á este sombrero y á este vestido, guardadlos, porque no me los pondré hoy.

—¡Tan elegantes que son!—se aventuró á decir la camarera.

—No importa, haced lo que os digo.

—¿Qué traje, pues, va á ponerse la señora?

—Mi vestido de seda y mi sombrero de terciopelo.

—Pero, señora ...

—¿Qué?—replicó con vivacidad la joven viuda.—¡Estáis muy singular hoy! Dadme lo que os he pedido.

—Pero—insistió la camarera con alguna inquietud.—Este traje no está ya en el guardarropa de la señora. La señora me dió

permiso para disponer de él y creí que podía hacer uso inmediato de.....

—Es verdad—pensó Mme. Champlouis. —No me acordaba—dijo á la camarera;—tenéis razón, os dí esa ropa, guardadla, dadme otra que sea de luto..... ¿Acaso no tengo mas que un traje?

—Señora—insistió nuevamente la camarera—es que los otros están muy usados....

—Haced lo que os mando, pero pronto.

Media hora después Mme. Champlouis estaba vestida de luto de pies á cabeza.

—¿Sale enseguida la señora?—preguntó Julia viendo que su señora se calzaba los guantes.

—¿Por qué?

—Recuerda la señora que al regresar ayer del baile me dijo que Mme. Alpuis debía venir á buscarla hoy para ir al campo.

—Pues diréis á la condesa que no he podido esperarla; tengo que hacer una visita. ¿Han ido á buscarme un carruaje?

—Abajo espera—respondió Julia, que siguió tras de su ama.—¿Adónde irá la señora?—se decía.

—En aquel momento y como para satisfacer la curiosidad de la joven Mme. Champlouis ordenó al cochero que cerraba la portezuela:

—Al Pere-Lachaise.

—¡Ah! Dios mío, exclamó la señorita Julia.

¡La señorita me decía que iba á hacer una visita! Será al cementerio.

No lo comprendo, después de haber estado ayer en el baile...

—Eso prueba que los días se siguen y no se parecen, le contestó el criado, hombre que creía en la filosofía de los proverbios.

II

Una hora después, Mme. Champlouis llegaba al cementerio del Pére-Lachaise.

La primavera comenzaba entonces, la naturaleza se revestía de su fresco ropage verde, sembrado de flores y dorado por los rayos del sol. El aire puro que reina en los sitios elevados, inundaba el espacio de perfumes, y el sol preludiando los ardores de la próxima estación, acribillaba de flechas luminosas los verdes campos y encendía con vivas claridades las sombreadas sendas de

cipreses y de álamos que forman las calles de la necrópolis.

Con lento y mesurado paso, Mme. Champlouis se dirigió al sitio donde se hallaba la tumba de su marido.

Alzábase ésta en una parte del cementerio que á causa del crecimiento de la poblaeión se estaba arreglando en los terrenos anexos y desprovistos aún de panteones lujosos.

En aquel sitio una forzada economía había unido con otras todas las sepulturas invariablemente construidas según el vulgar modelo de los contratistas del dolor inconsolable. Era preciso, que aquel cementerio fuese muy conocido para poder encontrar y reconocer la tumba que se buscaba.

Mme. Champlouis tardó, pues, una media hora en hallar la tumba de su marido, una tumba sencillísima y que parecía atestiguar la humildad que en vida fué la principal virtud del difunto.

Aunque apenas tenía un año en aquella sepultura modestísima veíanse señales evidentes del espacio del tiempo que preludia la ruina.

La herrumbre como una cosa lenta y progresiva, había carcomido los cercos de hierro

en muchos de sus lados, estropeados por las odiosas mutilaciones de los que no respetan los lugares de los muertos.

La columna tumular de piedra blanca estaba cubierta por un baño de suciedad bajo el cual la inscripción fúnebre desaparecía enteramente.

Las coronas de siemprevivas colgadas del cipo no mostraban más que sus monturas escuetas. El terreno antiguamente dispuesto en forma de parterre ó de pequeñas sendas enarenadas y bordeadas por el césped simulando una cruz, estaba completamente inculto; las plantas parásitas como la ortiga, el cardo y la zarza, luchaban entre ellas para obtener más espacio y los cuatro raquíticos abetos que se hallaban en los ángulos, dos habían sido desmantelados por la cólera de los vientos invernales y los otros tenían el verdor enfermizo de las vegetaciones que van á morir faltas de savia ó de cuidado.

Para un observador aquella sepultura tenía un desolador aspecto que atestigua el olvido. Mme. Champlouis no tardó en sentir una profunda tristeza que en las mujeres sensibles, se convierte siempre en lágrimas.

Arrodillada cerca de la tumba, lloró, pues,

con lágrimas amargas que abrasaban sus mejillas, se acusó brutalmente de ingratitud, y aumentado aún, por la influencia del sitio, el dolor de la joven viuda adquiría cada vez un carácter más grave.

La crisis moral que la abatía reaccionó violentamente sobre su naturaleza física; y á pesar de la abundancia de su llanto, que en tales ocasiones prestan un alivio saludable, Mme. Champlouis estaba próxima á sufrir un ataque de nervios.

Una circunstancia que vamos á contar vino de pronto á precipitar ese desenlace natural. En el momento en que, sofocada por los sollozos, Mme. Champlouis echaba su cabeza hacia atrás como para aspirar mejor el aire, apercibió á pocos pasos de ella á un joven vestido rigurosamente de luto, detenido ante una tumba de modesta apariencia, y cuyo rostro atestiguaba igualmente una grave y profnnda tristeza.

Al ver al extranjero, el que sin duda como ella venía á visitar el último asilo de un ser amado, Mme. de Champlouis no pudo vencer la emoción que le causó aquella aparición inexperada. Un rubor súbito enrojeció su semblante, que ocultó apresuradamen-

te entre sus manos, y queda, muy quedamente, no oyéndolo sino ella misma, murmuró:

—¡Dios mío, es él! ¡todavía él!

Mas el choque moral ocasionado por este reconocimiento, combinado con la debilidad que experimentaba anteriormente, produjo esta vez una revolución, contra la cual la más enérgica voluntad lucha en vano. Mme. Champlouis sintió que todas sus fuerzas le abandonaban á la vez, los latidos de su corazón disminuyeron, una palidez mortal invadió su rostro, una nube pasó ante sus ojos; y, después de una inútil tentativa para conservar sus sentidos que la abandonaban, acogióse á las molduras de la tumba, lanzó un débil suspiro y cayó desvanecida al pie de la sepultura de su marido.

El extranjero, que había retrocedido algunos pasos por discreción, aproximóse precipitadamente al oir el grito escapado á Mme. Champlouis. Después de haberla dirigido algunas frases, á las cuales no estaba en estado de contestar, inquieto en extremo, y no sabiendo qué auxilio prestar al estado alarmante en que se hallaba aquella joven, iba á tomar el partido de abandonarla un

instante para correr á buscar socorros á casa del guardián del cementerio, cuando vió en el suelo un pequeño saco de terciopelo, que una idea instintiva le obligó á abrir y en el que afortunadamente halló un frasquito que contenía algunas sales. Después de habérselas hecho aspirar, no sin mucha pena, á Mme. de Champlouis, la sintió extremecerse entre sus brazos; y sus labios blancos y cerrados por la contracción nerviosa, comenzaron á entreabrirse y aún pareció que pronunciaba vagas palabras sin sentido. Al cabo de breves minutos la crisis empezó á calmarse, la respiración fué fácil, un lijero color de rosa borraba poco á poco aquella palidez de muerte que había asustado al joven. La mano de Mme. Champlouis, que tenía entre las suyas, parecía querer desasirse, sus ojos comenzaron á abrirse lentamente; y de pronto, cuando la razón vino á esclarecer su situación y se vió en brazos de un extranjero que le prestaba sus cuidados, se apoyó contra un árbol, vacilante y temblorosa todavía é irguiendo la cabeza con orgullo, exclamó, rechazando la mano que se le tendía:

—¡Ah, caballero! perseguirme hasta aquí, está mal hecho..... ¡Dejadme! ¡dejadme!....

—Pero, señora—contestó el joven algo ofendido á su vez.—En la triste situación en que os encontrábais, lejos de todo auxilio humano, he creído deber ofreceros el mío; por lo mismo—añadió con voz tan dulce como respetuosa—os pediré todavía permiso para continuar prestándooslo hasta que hayamos llegado á casa del guardián del cementerio, ó donde gustéis.

—Caballero-replicó Mme. Champlouis,—me encuentro ya bien y bastante fuerte para irme sola—y al decir estas palabras un temblor nervioso se apoderó de ella y sintióse otra vez próxima á caer en nuevo desmayo.

—Señora—dijo el joven—estamos lejos de la casa del guarda y sería imprudente que fuéseis sola; permitidme, pues, acompañaros.

—¡Ah, caballero!—contestó Mme. Champlouis con voz sofocada por la emoción.—¿No comprendéis que vuestra presencia es la que me turba? ¿Pensáis que puedo atribuir solamente al azar este encuentro, el que estaba lejos de esperar..... y en el lugar donde nos encontramos y en este sitio sobre todo?—añadió la viuda indicando la tumba de su marido.—¿Habéis olvidado el nombre

que lleva el hombre que aquí reposa? ¿y es respetar su memoria venir á perseguirme hasta el pie de su tumba? ¡Oh! Dejadme, dejadme, caballero—concluyó Mme. Champlouis con voz firme y rechazando con el gesto y la mirada al joven, que intentaba aproximarse á ella y que retrocedió estupefacto.

Mme. Champlouis, ya repuesta por completo, le miró con aire sereno y altivo; y después de hacer un gesto lleno de autoridad que parecía significar «os prohibo seguirme», se alejó rápidamente y desapareció pronto al revolver un sendero.

—¿Qué significa esto?—se dijo el joven que no sabía qué pensar de esta escena,—¿quién es esa mujer? ¡una pobre loca sin duda! ¿Quién es este hombre, al que ella pretende que insulto su memoria?

Aproximóse á la fúnebre lápida y leyó esta inscripción casi borrada:

S. M. CHAMPLOUIS
OFICIAL DE LA LEGIÓN DE HONOR
ANTIGUO GOBERNADOR DEL ARDENNES
MUERTO EN PARÍS
Á LOS 52 AÑOS DE EDAD
EL 6 DE ENERO DE 1844
DE PROFUNDIS

—¡Mr. Champlouis!—exclamó el extranjero.—¡Gran Dios! entonces, esa mujer..... ¡Ah! tal vez sabré...—añadió inclinándose para recoger un pequeño tarjetero que sin duda cayó del saco dentro del cual halló el frasquito de sales.

Después de abrir el tarjetero, el joven encontró algunas tarjetas, en las cuales leyó este nombre:

Carolina Champlouis

10, rue de Vaugirard

—¡Cómo! ¡era Carolina! aquella Carolina tan amada. Ahora comprendo su error y su espanto.

Y después de guardar el tarjetero en su bolsillo, el joven se aproximó lentamente á la tumba ante la cual se hallaba detenido al ocurrir el desmayo de Mme. Champlouis.

Aquella modesta sepultura cuyo buen estado de conservación atestiguaba una contínua vigilancia y un piadoso recuerdo, se componía de un solo bloque de piedra, sobre el cual leíase grabada en cruz la siguiente inscripción:

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

LUCIANO DE MARISSAC

MUERTO EN ÁFRICA EL 8 DE AGOSTO DE 1844
EN EL COMBATE DE JOLY
Á LA EDAD DE 22 AÑOS

—¡Pobre Luciano! ¡pobre hermano!—dijo el extranjero con voz triste.—Es por ella por quien murió.

Después de haber dado un último adios á la tumba fraternal, se alejó lentamente y subió al carruaje que le había llevado al cementerio.

Al entrar en aquél apercibió á poca distancia á Mme. Champlouis que subía también al suyo, bajando precipitadamente la cortinilla observando que el joven se detenía para mirarla.

—¿Querrá seguirme?—pensó, emocionada todavía por la escena que acababa de pasar.

—¿Adónde irá la señora?—preguntó el cochero.

—Calle de Vaugirard, 10—contestó madame Champlouis.

Pero cambiando súbidamente de idea, volvió á decir:

—No..... conducidme á la calle Trois-Freres, número 2 y procurad ir pronto.

—¡A la Calzada de Antui!—exclamó entre dientes el automedonte—¡vaya una carrera!

—¿A dónde vamos, caballero?—preguntaba á su vez el cochero del joven á éste.

—Calle de Trois-Freres, número 2—contestó el joven.

Y pensando quedamente en el encuentro que deseaba tener, murmuró: ¡Es hermosa, muy hermosa esa mujer!

III

Alfonso de Marissac á Estanislao Denis

Pensionado de la Escuela de Francia en Roma

Mi querido amigo:

Después de mi regreso de Italia no he podido hallar tiempo para escribiros. Trabajos importantes, relaciones que los intereses de mi porvenir me imponen cultive asiduamente, y en fin, mil circunstancias imprevistas han cotidianamente dispuesto de mis horas; y si bien no os tengo olvidado, hasta hoy no he podido encontrar algunos ins-

tantes para expresaros mi buen recuerdo enviándoos una carta.

Ignoro si lo habréis sabido por los periódicos, pero la última exposición del Louvre me ha puesto más de relieve de lo que esperaba, ¿es un éxito sólido ó un auge efímero? No sé nada todavía, pero el hecho es que soy easi un personaje en el mundo del arte y que la crítica cuenta conmigo, aunque soy muy joven, como pudiera hacerlo con un hombre de reputación.

¡Ah! querido Estanislao, ¡si yo he conseguido atraer tantas simpatías con mi primera obra, qué triunfo tan grande no saludará á la vuestra!

Creedme, amigo mío, os equivocáis con vuestras dudas y vuestras vacilaciones. París, entre todas las capitales del mundo, es una capital ávida de arte y de poesía; tiene bastante entusiasmo para glorificar á todos sus poetas y á todos sus artistas y tiene oro suficiente para pagar todas las obras maestras.

Apresuráos, pues, á venir, querido amigo, venid á demostrarnos lo que valéis. Os lo repito; los gloriosos caminos están abiertos á todos los que son dignos de transitar por

ellos, y vos podéis entrar y tomar vuestro sitio sin recurrir á medios que repugnan á vuestro orgullo. Sois de los que son ilustres por su propio esfuerzo y lo que me hace más grato el éxito que ha obtenido mi debut es la seguridad de que una aclamación universal saludará al vuestro; un paso os separa todavía de la celebridad, dadlo pronto, porque la gloria os espera.

Voy á referiros, amigo mío, una aventura que desde sus comienzos ha tomado la forma de una novela. Estoy aún en los primeros capítulos; éstos han sido precedidos de un prólogo que considero útil que conozcáis.

Otras veces os he contado cómo quedé huérfano con mi pobre hermano Luciano.

En la época que murió mi padre, la mayor parte de su fortuna fué malversada en especulaciones comerciales sujetas á la influencia de sucesos políticos, que desgraciadamente determinaron la ruina completa de todos los accionistas de aquella empresa. Los últimos momentos de mi padre fueron, pues, amargados por horribles inquietudes; dejaba sin fortuna y sin apoyo á dos niños, de los cuales el mayor no estaba en situa-

ción de prestar amparo al menor, y si el honor de su nombre quedaba á salvo, era á costa de que con los restos de su fortuna escapados al desastre que le había arruinado, apenas restaba lo suficiente para enterrarle con decoro.

La víspera de su muerte, mi padre recibió la visita de un hombre que había sido amigo suyo durante largo tiempo, pero sucesos políticos en los cuales ambos habían representado un papel importante, los separaron después. Sin embargo, al saber la triste situación de mi padre, Mr. Champlouis, acordándose de la estrecha amistad que les había unido, acudió á la cabecera del moribundo para llevarle el supremo consuelo de que los huérfanos no quedarían sin apoyo, y á falta de fortuna, nuestro padre pudo al menos legarnos la tutela de un hombre que no olvidó jamás la promesa hecha ante el lecho de un moribundo.

En efecto, después de la muerte de mi padre, Mr. Champlouis no ha cesado un solo día de otorgarnos tanto á mí como á mi hermano y á mi hermana, una ternura y una solicitud verdaderamente paternales. Cuando al cabo de algunos años, salimos del co-

legio, en donde nos hizo educar é instruir Mr. Champlouis, este nos dejó en libertad de seguir nuestra vocación y fué el primero en alentarme la que yo tenía por las artes. En cuanto á Luciano, cuyos gustos diferentes y estudios particulares le llamaron al foro, Mr. Champlouis lo tomó bajo su particular protección, y le dió una preferencia, de la cual nunca estuvo celoso, porque el pobre niño tenía más que yo necesidad de una tutela vigilante.

Cuando alcancé en la Escuela de Bellas Artes el premio académico que me enviaba á Roma por cinco años, y mi hermano Luciano obtenía un triunfo desarrollando ante la facultad de Derecho de París una tesis brillantísima, Mr. Champlouis se casó.

Embriagado por mi triunfo, impaciente por ver á Roma y á las obras museos, que encerraban sus muros y sus mureas no asistí á esta boda que por otra parte se retrasó por algunas circunstancias y que tuvo lugar un mes después de mi partida.

Mr. Champlouis casó con una joven hija de una familia respetable y conocida en la burguesía parisina, pero de modesta posición. Mlle. Carolina no llevaba al matri-

monio más que una deslumbradora belleza aumentada por sus raras virtudes.

A pesar de la diferencia de edad que existía entre los esposos, esta unión que no duró más que dos años, no fué alterada por nube alguna. Mr. Champlouis adoraba á su mujer, y Carolina sentía por su marido una profunda estimación y una amistad tan tierna que pudo creerse que era amor.

Verificado este matrimonio y sin previsión de lo que necesariamente había de llegar, mi hermano Luciano continuó como antes, viviendo en la casa é intimando con su bienhechor. Amenudo Luciano me escribía, contándome sus proyectos para el por venir. Trabajaba con ardor y aunque joven su ambición tenía grandes vuelos; heredero de las opiniones políticas de nuestro padre, esperaba conquistarse, á fuerza de trabajo, una posición que le permitiese un día convertirse en una personalidad saliente. Para él, el camino de la tribuna parlamentaria empezaba en el foro.

Algún tiempo después del matrimonio de Mr. Champlouis creí observar en las cartas de mi hermano un cambio singular de carácter y sobre todo una confusión de ideas

que comenzó á inquietarme. Las siguientes cartas aumentaron mi inquietud y no tardé en descubrir, á pesar de todo su cuidado, que le obligaba á ocultarme que otro sentimiento que el de la ambición tenía cabida en el corazón de Luciano.

En efecto, mi hermano amaba á la mujer de su bienhechor.

Largo tiempo encerró su secreto en el pecho y procuró disimular su amor á la que de él era objeto: aquella pasión le parecía tan criminal, que no se atrevió á confiármela, pero yo la adiviné, lo que no me fué difícil, porque en todas las cartas que recibía estaban llenas de alusiones y de ternuras indirectas que traicionaron pronto el secreto que se esforzaba en ocultar en su corazón y se escapaba á su pesar cuando cogía la pluma para escribirle.

Un día (fué durante la ausencia de monsieur Champlouis) Luciano no pudo contenerse más. No resignándose á dejar la casa que habitaba la primera mujer que había hecho latir su corazón y á la que amaba con ciega idolatría, resolvióse á crear una circunstancia cualquiera que le cerrase las puertas de su protector. Luciano adoptó,

pues, un plan que (así lo pensaba al menos) debía perderle en el ánimo de Mr. Champlouis y le obligaría irrevocablemente á marcharse de una casa en donde perdía su tranquilidad y en donde, á pesar suyo, su presencia solamente constituía un atentado al reposo de un hombre que él honraba como á un padre.

Luciano, arrastrado por su pasión y concibiendo acaso una insensata esperanza, se arriesgó un día á confesar su amor á madame Champlouis, y lo hizo en términos tan violentos, que la joven, asustada, creyó deber abandonar á París precipitadamente ó ir á reunirse con su marido, que estaba entonces girando una visita por sus propiedades de Bretaña.

Esta partida inmediata ocasionó la desesperación de Luciano. Creyó que Mme. Champlouis iba á advertir á su marido; se vió abrumada ya por el desprecio y el odio de un hombre al que ultrajaba con una pasión que el pobre niño juzgaba casi incestuosa. Al fin, desesperado, herido por los remordimientos que no podía calmar, tomó un día una resolución extrema.

Mayor de edad hacía dos años, libre de

sus actos, renunció al porvenir honroso y seguro que se desplegaba ante él, y creyendo hallar el olvido de su amor viviendo lejos de aquella cuya presencia lo alimentaba, Luciano se alistó voluntariamente en un cuerpo militar de guarnición en Africa. Supe todas estas circunstancias por una carta que mi hermano me escribió á bordo de un buque que le transportó á Alga.

En cuanto á Mr. Champlouis, gracias á la discreción de su mujer, ignoró siempre cuál fué el motivo que llevara á mi hermano á abandonar la brillante carrera que le estaba destinada y seguir una por la cual jamás sintió vocación.

Todo lo que hicimos Mr. Champlouis y yo para que Luciano regresara á Francia, fué completamente inútil, aunque su resolución tuvo más tarde un funesto desenlace.

Durante los dos últimos años de mi estancia en Roma, había entrado, gracias al celo grandísimo de Mr. Champlouis, en posesión de una parte de la fortuna de mi padre.

Un pleito que había durado largo tiempo, acababa de ser, después de varias sentencias, juzgado definitivamente, condenando á res-